



VERÓNICA CERVILLA

QUIÉN
CUIDARÁ
DE TI

Literup

LITERUP EDICIONES

© *Quién cuidará de ti*, Verónica Cervilla, 2020.

© de la portada y grafismos interiores, Libertad Delgado, 2023.

© de la corrección, Meritxell Terrón, 2023.

© de la maquetación, Scarlett de Pablo, 2023.

Lectores beta: Rep A. L., Carmen y Celia Añó, Raquel Suárez y M^a Pilar Vicente.

Primera edición: mayo de 2023

© Literup Ediciones

www.literup.com

Depósito legal: V-1755-2023

ISBN: 978-84-126332-2-1

Printed in Spain. Impreso en España.

Podiprint. Antequera - Málaga.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal.)

AVISO DE CONTENIDO SENSIBLE

(ATENCIÓN: PUEDE CONTENER DATOS RELEVANTES DE LA TRAMA)

Alcoholismo, adicciones o síndrome de abstinencia (mención); autolesión, suicidio o pensamientos suicidas; capacitismo, cuerdismo; hospitalización; muerte o asesinato; sangre, gore o lesiones (leve); abuso emocional, relación tóxica; alucinaciones, delirios o paranoia; enfermedad degenerativa; enfermedad mental; pérdida de un ser querido (recurrente).

Si necesitas más detalles sobre contenido sensible, visita:

<https://www.literup.com/contenido-sensible> o escribe a contacto@literup.com

«El 89 % de las personas cuidadoras de ancianos en España son mujeres. La mayoría de ellas son familiares de la persona dependiente (hijas o esposas). Las mujeres de menos de 65 años, especialmente las de 45-64 años, contribuyen con más de la mitad de todo el volumen de cuidado (medido en horas) aportado por todos los cuidadores, sin remunerar y sin recibir ayuda».

Informe de la Sociedad Española de Geriatría y Gerontología y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2018. España.

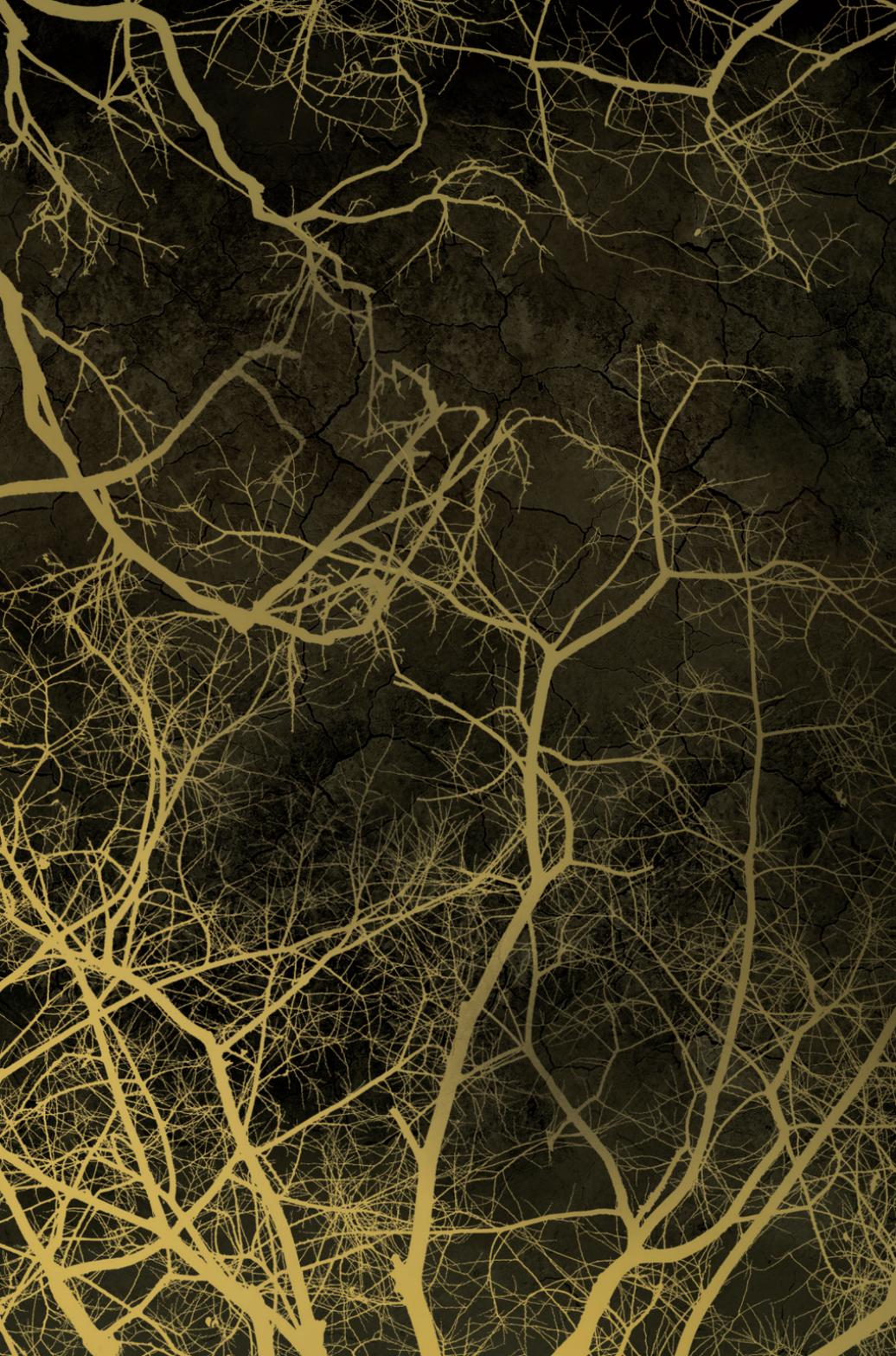




«Ahora,
tiempo, te enrollo,
te deposito en mi
caja silvestre
y me voy a pescar
con tu hilo largo
los peces de la aurora»,

Pablo Neruda.







PARTE 1.

La siembra



APESTABA A LEJÍA Y AMONIACO HASTA EL PUNTO DE PICARLE los ojos, pero Amelia sabía que no sería suficiente para doña Petra. Frotaba como le habían enseñado, con un trozo de papel de periódico mojado y agua con vinagre, para que el cristal de la ventana quedara reluciente y su casa pareciera la de una mujer de bien. «Esas cosas modernas no sirven para nada», le decía su madre cuando era una adolescente mientras fregaba el suelo con aquel mejunje. A partir de ese momento oiría lo mismo cada día, quién sabía durante cuánto tiempo.

Según la vieja, la casa siempre debía estar lista para cualquier imprevisto, incluida la poco probable aparición del mismísimo rey de España. Amelia miró el reloj de reojo y se mordió los labios. Luego escaneó el pequeño salón como Terminator en busca de un asesino. «Habitación de uso común. Nivel mínimo de polvo. Alta concentración de necesidad de aprobación». Quedaban solo cinco minutos para que llegase la matriarca y pare-

cía que iba a enfrentarse al examen de conducir con las demás convocatorias agotadas.

El timbre berreó y forzó a todo el mundo a ocupar su posición. Los niños (a los que aún llamaba así a pesar de haber cumplido ya la mayoría de edad) se colocaron al pie de la escalera que daba la bienvenida a la casa y Amelia, en el quicio de la puerta. Era incapaz de remediar que el ojo izquierdo le temblara de forma intermitente igual que las alitas de un colibrí. Tomó aire y se alisó la camisa. Las arrugas eran otra señal de dejadez. El timbre sonó otra vez como si lo aporrearan con un puño. Deslizó el cerrojo y su madre empujó la puerta con el brazo que no llevaba en cabestrillo. La bofetada de olor a laca anuló el aroma a productos de limpieza.

—Ya creía que se te había olvidado. Como nunca estás en lo que hay que estar... —soltó la anciana. Se sujetó el brazo vendado al entrar. La curvatura de la columna no le impidió darse la vuelta y mirar a su hija por encima del hombro con sus ojos de detective.

—Estábamos haciendo limpieza y no escuché el timbre. —Amelia, tras su mentira, cerró la puerta como quien cierra la entrada al matadero.

—Hola, abuela —musitó Sofía sin entusiasmo y se cruzó de brazos. Aún llevaba puesto el chándal de haber salido a correr.

—¿Te llevamos la maleta arriba? —dijo Eddie bajo su melena de pelo tieso y castaño. La oferta era más para quitarse de en medio antes de que estallara la guerra que para ayudar.

—Sí, anda. Ahora ya subo yo y lo coloco todo en condiciones. Necesito ir al baño antes.

—Te llevo, mamá.

—¿Qué vas a hacer, cogermé en brazos? —La anciana refunfuñó sin pararse—. Que me haya tenido que venir a vivir aquí no significa que sea una inválida. Tú sigue con tus cosas, que en esta casa todavía huele a gato y yo no quiero molestar...

Ahí estaba, su consigna favorita. Se suponía que la obligación de Amelia era reiterar que tenerla allí no era una molestia, eso hacían las buenas hijas, pero cada vez le costaba más pronunciar esa frase sin forzar una sonrisa de calabaza de Halloween. «Solo hasta que se le cure el brazo», se dijo para tranquilizarse. Mientras su madre arrastraba lentamente las zapatillas de goma por el suelo de terrazo y rumiaba como si masticara algo del desayuno, Amelia se fijó en los pequeños ojos negros que lo escaneaban todo, el pelo blanco quemado por la permanente que se hacía una vez al mes y la mano torpe con la que agarraba el bastón, que por fin se había dignado a utilizar. Aquella mujer achacosa la había parido hacía ya cincuenta años y, aun así, le pare-

cía una extraña. «¿Pensarán lo mismo mis hijos de mí cuando sea vieja?».

—No dejes que lo haga, mamá —dijo Sofía, que aún no se había movido de las escaleras, mientras tecleaba en su móvil.

—Al baño puede ir sola, ya lo has visto.

—No, que no dejes que te quite tu sitio —aclaró la joven, sin ningún cuidado en bajar la voz—. Esta es tu casa.

Quiso asegurarle que eso no pasaría, que ya era una mujer adulta hecha y derecha y que no permitiría que se le echara encima nadie. Sintió deseos de ir a por la vieja y decirle que se comportara, que ella establecía las reglas allí y que no toleraría que pusiera su vida patas arriba, por mucho que las monjas la obligaran a repetir cada día de su infancia que honraría a su padre y a su madre. Quiso hacerlo, pero había aprendido otra estrategia familiar para esas ocasiones.

—Es tu abuela, Sofía.

Así se zanjaba el tema en esa casa. Ese y cualquiera que oliera mínimamente a conflicto. Se metía bien cerrado en una cajita que se guardaba en un agujero oscuro del alma. Luego se le echaba una buena capa de tierra y si era necesario, se le colocaba una pesada losa. A ver quién lo sacaba sin armar jaleo.

Pero Sofía era como las malas hierbas y se escabullía debajo de la piedra más grande.

—Conmigo no cuentas —advirtió la hija—. Tú aguanta lo que quieras, pero yo a la vieja no le paso ni una.

La joven leía la situación y poseía facilidad para soltar aquello que todos se esforzaban por que no escapara de sus bocas. No aprendió a hablar antes de tiempo para callarse. A veces acababa con una palmadita en la espalda y otras se le echaban encima como una manada de lobos, pero al menos tenía las agallas que a Amelia siempre le habría gustado poseer. Parecía que los genes de su padre se habían saltado una generación. «Ojalá estuviera él aquí en lugar de ella», deseó con cuidado de no abrir esa cajita.

—La habitación de la música. —Suspiró al entrar—. La hemos modificado un poco para convertirla en dormitorio. No es muy grande, pero para unos días servirá.

Al observarla resultaba evidente por qué la llamaban así. Los discos de vinilo se amontonaban en una esquina, al menos los que había recuperado después del divorcio, y el tocadiscos había desaparecido, relegado a una caja de cartón hasta que pintara de nuevo la casa de melodías. En otros tiempos las canciones de Raphael y de Perales la habían decorado. En ese momento la sala lucía gris y enfadada.

Amelia había sido cuidadosa en la forma de remeter las sábanas y de colocar la colcha (con un pequeño doblez debajo de la almohada y no envuelta en lo que

sobraba del edredón como hacían en los hoteles para no cambiar la funda a menudo. Eso era de guarros y de doña Petra el vecindario podía decir muchas cosas, pero no que era una puerca). También colgaron un par de fotografías en la pared blanca que había junto a la cama. Una de cuando un vecino consiguió una cámara para retratar a doña Petra de joven el día de la comunión de su hija mayor, y otra del padre de Amelia cuando volvió del servicio militar. ¿Qué le habría llamado la atención a ese joven de aspecto tierno y simple de una mujer tan estirada y seria? A veces se preguntaba si habría sido toda la vida así de insoportable.

—¿Y eso? —La anciana señaló un par de cajas de cartón desgastadas que había a los pies de la cama.

—Son cosas que quería que revisaras para ver si las dejo o las tiro —respondió su hija mientras abría la ventana para que entrara la luz y se disipara el olor a laca.

Con sumo cuidado, doña Petra se dejó caer en el borde de la cama y se agachó para rebuscar entre los objetos polvorientos.

—Pero si todo esto es mío. Fíjate, este es un vestido de mi madre —dijo y sacó lo que parecía más bien la sotana de un cura, seguramente de cuando la abuela de Amelia había guardado el luto por su marido—. Ay, mira. Estas son las jaulas de los pájaros que teníamos en la azotea.

—Las tiramos, ¿no? —Sabía que tentaba a la suerte—. Nosotros no vamos a tener pájaros.

—No mientras tengáis ese gato negro y feo. —La anciana levantó una jaula pequeña de color cobre—. Esto lo limpiamos bien y lo empaquetamos para que no se estropee.

—Pero, mamá, si no lo vamos a necesitar... ¿Para qué quieres tú todo esto?

—Porque son mías y punto. Cuando me muera, las tiráis. Pero ahora son mías.

«Y esta casa es mía», quiso gritar ella y, como todo lo relacionado con su madre, se lo tragó y lo empujó hasta los pies, a ver si así se esfumaba o le servía para andar un poco más alto.

—Bueno, pues lo guardaremos para que coja polvo.

—Ya me encargaré yo de que no sea así. ¡Mira, mira esto! —Doña Petra extendió el bastón para acercarse otra de las cajas—. Sácalo, que yo no llego.

Amelia obedeció y sacó un pequeño teléfono antiguo de color negro con dibujos dorados, de esos que tenían una ruedecita que giraba para marcar los números y un cordón enrollado que medía varios metros.

—El teléfono de tu padre. Cuando tuvimos línea por primera vez, quiso poner uno de estos porque decía que así parecía el tipo ese alto de *Lo que el viento se llevó*. ¡Pónmelo en la mesita!

—Aquí no hay línea, mamá. No vas a poder usarlo —añadió Amelia y, mientras lo hacía, se dio cuenta otra vez de que tenía que elegir sus batallas.

—No quiero usarlo. Ese teléfono se apagó cuando tu padre murió, y así se va a quedar hasta que me vaya yo al otro barrio. Pero lo quiero en mi mesita.

Pues dicho y hecho, como todo lo que pedía doña Petra. La habitación se transformó en la tumba de reliquias de una familia con poca tendencia a renunciar a los recuerdos o a dejar de controlar a los demás, aunque fuera más allá de la muerte.

Desempacaron los pocos vestidos que había traído su madre de casa, que abarcaban el negro, el marrón y el gris, y entre las dos doblaron la ropa interior con exactitud milimétrica para colocarla por montones en el cajón. El silencio solo se vio interrumpido por un sonido maullido que informaba sobre quién era el verdadero señor del castillo.

—¡Sofía! —gritó Amelia inmediatamente—. ¡Llévate a Sombra de aquí!

La joven solo tardó unos segundos en aparecer, pero fueron suficientes para que el felino saltara por una estantería situada frente a la cama y tirara varias de las fotos familiares sacadas de las cajas y que la anciana había colocado.

—Llévate a ese demonio lejos de mí. —Doña Petra gruñó.

—No es un demonio, abuela —respondió Sofía—. Pero sí que te protege de ellos. Ya sabes que los gatos guardan la puerta al infierno, ¿no? Yo que tú no me separaría mucho...

Y, además de descarada, la niña a veces era graciosa. Amelia se tragó la risa que casi se le escapó de la boca. La guerra estallaría, eso era algo con lo que contaba, pero aún era pronto. Había que retrasarla lo máximo posible.

—¡Sofía! Sácalo de aquí, que ya sabes que tu abuela tiene alergia.

La joven agarró al felino y lo besó en la frente, como si le indicara que ya habría tiempo de cabrear a la vieja.